

EFRAÍN SÁNCHEZ HIDALGO, Ph. D.

Catedrático de Educación  
Universidad de Puerto Rico

## EL MAESTRO Y EL DESARROLLO TOTAL DEL EDUCANDO

Mensaje a la Sexta Conferencia Estatal de Orientación Educativa, celebrada en el Colegio del Sagrado Corazón, Santurce, Puerto Rico, el 17 de febrero de 1956.

Extraordinariamente certera ha sido la selección, por parte de los auspiciadores de esta Sexta Conferencia Estatal de Orientación Educativa, del tema de las funciones de maestro en el desarrollo total del educando. Pocos asuntos tienen en el momento actual la importancia y la vigencia de la temática de esta Conferencia.

No se requiere estudio minucioso para percatarse de la marcada realidad de que, cuando la barca de la sociedad peli-gra en el mar bravo de los problemas críticos, todo el mundo proclama la escuela o la educación como la tabla salvadora

de la zozobra colectiva. Harto conocido es ya el hecho de que, cuando el grupo social se ve acosado por malestares y dolencias, suele ofrecerse, la voz en cuello, a la educación como panacea y cúralotodo. Aunque tal ofrecimiento constituye un hecho casi universal, es aún más notable en nuestro ámbito isleño, lo que no deja de ser un índice de esperanza y fe en la educación.

Crear que la educación es la tabla salvadora en todas las marejadas de la vida de los pueblos puede ser objeto de controversial discusión, pero este aspecto no viene al caso en el día de hoy. Lo que conviene destacar en este momento es que la sociedad ve en la educación, especialmente la que ocurre en el aula, el remedio por excelencia para sus males. Hay una fe en torno de la convicción de que la escuela no puede fallar en el afrontamiento de las situaciones de emergencia colectiva. Si se considera esto así, resalta, por tanto, que para el puertorriqueño y para casi toda la humanidad la educación tiene una importancia y un significado ilimitados.

Si estamos de acuerdo en que la escuela cobra cada día ante la humanidad una mayor trascendencia, conviene analizar la situación escolar en busca de los factores decisivamente influyentes en la magnitud y calidad de su tarea. De todos estos factores salta a la vista la entidad *maestro-alumno* como la más significativa. Junto al alumno, el maestro *hace* la escuela, *es* la escuela. Puede faltar todo lo demás, pero si falta la integración mentor-discípulo, no podemos hablar de escuela, ni de enseñar, ni de aprender.

Lo fundamental en la situación educativa es esa relación humana que estrecha la vida del maestro con la vida del alumno, esa comunicación cordial, entusiasmada y comprensiva, esa mutua dación en que tanto aprende el maestro del alumno como el alumno del maestro. Podemos decir, resumiendo, que la sociedad concede a la escuela una tremenda importancia y que, dentro de la constelación de factores significativos en la situación educativa, el de mayor relieve es la entidad maestro-alumno.

La educación moderna habla con mucha frecuencia de que su objetivo es el desarrollo integral del educando. Basta hojear cualquier programa de estudios o libro dedicado a presentar las ideas educativas modernas, para uno darse cuenta inmediata de que lo que se aspira mediante el proceso educativo es el desenvolvimiento cabal y pleno de las potencialidades positivas del alumno. He aquí el objetivo central desde el que arrancan, en diversas ramificaciones, todos los demás propósitos del esfuerzo educador.

Y se repite y se repite la afirmación de que el proceso educativo aspira a desarrollar plenamente al educando. Ante tan reafirmado aserto, conviene preguntarnos: *¿Qué se entiende por el desarrollo total del alumno?*

Hay un mal hábito en la pedagogía, del cual no están exentos otros campos de la actividad humana, que consiste en tomar afirmaciones, frases o términos y trocarlos en banderas verbales, en "slogans" que se lanzan a los cuatro vientos. Se pasa la voz y se esparce la frase, la palabra o el aserto como semillas del árbol de ceiba. Todos repiten la palabra, frase u oración hasta que se convierte en "vox populi".

Ejemplos de este fenómeno los hay a granel: "integración", "el todo es más que la suma de sus partes", "educación es vida", "método global", "los valores humanos", "hay que evitar que el niño sufra frustraciones", "madurez", "personalidad", etcétera.

No hay nada malo en que se repita constantemente lo bueno. Pero la repetición a secas lleva a la estéril verbalización. Las palabras pierden su significado si meramente pasan a través de los labios hacia afuera y no dejan su huella en la mente y en el corazón. Queremos insistir en que no nos oponemos a la exteriorización constante de los buenos principios y prácticas de la vida, pese a nuestra convicción de que lo inefable, lo inexpresable, lo que no encuentra molde en el vocabulario, encierra lo más hondo y trascendental de las vivencias humanas.

Nuestro punto es que muchas de estas palabras, frases o afirmaciones han perdido gran parte de su contenido por ser harto repetidas sin reflexión y sin el empeño de ponerlas a funcionar. Se ha gastado su idea, su carga conceptual. En varios casos queda tan sólo el esqueleto de la palabra, el molde vacío.

Temo —¡ojalá que sea temor infundado!— que el objetivo principal de la educación, cual es el desarrollo pleno del educando, no se ha entendido bien o esté perdiendo el contenido ideológico que originalmente encerraron las palabras en que se expresa. Se ha repetido tanto el objetivo, sin digerirse, asimilarse y convertirse en íntima substancia, que existe el peligro de transformarse en lema estereotipado, sin carne y sin nervio, carente de la efervescencia ideológica en que fuera concebido.

No podemos permitir que un aserto aprisionador de tanta enjundia conceptual se trueque en verborrea hojarascosa, en hueca fraseología. Una de las fallas más notables y dañinas del pensamiento del hombre moderno —y tal vez del hombre de todos los tiempos— radica en la desconceptualización de los términos. Así la palabra *democracia* puede significar para unos la más estranguladora tiranía, mientras que para otros puede significar el más desenfrenado libertinaje. Nosotros, los educadores, los maestros, no podemos permitir que el hermoso, bien fundamentado y bien orientado propósito de estimular el desarrollo cabal del educando trille ese sendero de la desconceptualización.

Una vez más reafirmamos lo dicho anteriormente: No abogamos porque no se exteriorice y se propague el molde verbal del objetivo. Sí abogamos porque se entienda bien lo que significa; porque se desmenuce y se triture su contenido, su carga conceptual; porque detrás de la expresión exista en forma creciente un trasfondo ideológico que le dé substancia; porque el pensamiento conduzca a la práctica, a la vivencia. No sólo hay palabras muertas, sino también ideas muertas. Una idea ha muerto cuando ha dejado de acuciar a quien la alberga

hacia la acción. Más que una dicotomía, hay mucho de continuidad y de puente entre la teoría y la práctica, entre la idea y la vida de acuerdo con ella. Cuando no se vive de acuerdo con la idea es porque ésta no se tiene en su forma cabal y genuina o porque la idea ha muerto. Una idea muerta en un organismo pensante es como seca epidermis en un organismo fisiológico.

Combatamos la mera verbalización de los objetivos y principios educativos. Que se esparzan extensamente las palabras que les sirven de continente, pero que también se diseminen sus contenidos y se trate de vivir a tono con ellos.

Por estas consideraciones aplaudimos a los auspiciadores de esta conferencia. En Puerto Rico—sin excluir otras partes del mundo—hace falta muchas más actividades como ésta en que se discutan, se clarifiquen y se sometan al crisol del pensamiento crítico cuestiones que tocan bien de cerca nuestra existencia como seres humanos, como puertorriqueños creyentes en la dignidad de la persona humana y en la democracia y como miembros conscientes de la gran familia de la humanidad.

El prólogo de esta disertación está resultando demasiado extenso, razón por la cual vamos a pasar de inmediato a considerar, aunque muy sucintamente, el desarrollo total del educando y lo que puede hacer el maestro en dicho proceso.

La vida humana es un proceso continuo de aprendizaje y desarrollo. Desde que nacemos hasta que morimos, aprendemos—nos desarrollamos—constantemente. Desde la incipiente criatura recién nacida, dependiente e indefensa, muy limitada en sus funciones, aunque rica en potencialidades, hasta el momento en que pasada la niñez, la adolescencia y la juventud, el individuo encara el inevitable problema de la muerte, el maravilloso fenómeno del desarrollo humano ocurre en variados aspectos y niveles. El desarrollo humano es un proceso equivalente a la vida misma. Desarrollarse y vivir son términos sinónimos.

La personalidad es un fenómeno complejo y organizado

que incluye todo lo que el ser humano es y representa. Incluidos están en la personalidad, de manera íntegra y profusamente relacionada, lo físico y motor, lo emocional y lo social, lo intelectual y lo moral, lo estético y lo espiritual, las creencias, los ideales, las esperanzas, los intereses, las actitudes, los valores, las ideas, los conocimientos, las apreciaciones. . . . Todos estos aspectos se funden en una configuración dinámica y viva, en un esfuerzo del ser viviente por ajustarse a la vida, por sobrevivir en su "biosfera", la esfera de la vida.

Vivir es ajustarse, ajustarse a su ambiente, ambiente físico, social y cultural. *Ajustarse no significa meramente conformar o estar de acuerdo con lo que está fuera de la persona.* Ha habido alguien, quien, para atacar la psicología moderna en su énfasis sobre el ajuste, ha dicho que ella no ha hecho otra cosa que inculcar al individuo la idea del conformismo y del sometimiento. ¡Otro ejemplo de lo que es la palabra empleada sin conocer el concepto que aprisiona! Naturalmente que la vida exige mucha conformidad, demanda estar de acuerdo con diversidad de circunstancias y condiciones. La total rebeldía, por ser extremadamente patológica, conduce al exterminio. Cierta dosis de conformidad o concordia es una condición esencial para vivir, para ajustarse al ámbito vital. Pero ajustarse significa mucho más que concordar, estar de acuerdo con nuestra esfera de vida. Si el hombre se hubiera ajustado al ambiente de la caverna, en el sentido de estar plenamente de acuerdo con él, a lo mejor estaríamos hoy reunidos en una caverna; lo más probable sería que no estuviéramos reunidos, ya que las fieras —parte del ambiente del hombre primitivo— habrían acabado prontamente con nuestros antepasados. El proceso de ajuste de la persona humana también implica cambiar su ambiente, rebelarse contra él, transformarlo, hacerlo a su gusto y predilección. . . . Ajustarse al ambiente en muchas ocasiones significa ajustar el ambiente a nosotros, hacerlo a nuestra manera, de acuerdo con nuestro criterio. Hacer que el ambiente se ajuste a nosotros, para entonces nosotros sentirnos ajustados a él, es un proceso que ocurre, no sólo en las actividades relacionadas con nuestro mundo físico.

co, sino también en aquellas relacionadas con nuestro mundo social, cultural e ideológico.

Si nos concentráramos por un momento en lo que significa el proceso del desarrollo total del ser humano, nos sentiríamos conmovidos ante un fenómeno tan maravilloso: proceso pujante, pero paulatino; lleno de promesas, pero exigente de atenciones y cuidados; progresivo y encaminado al porvenir, mas dado a desvíos y torceduras si falta orientación; matizado de alegría del vivir cuando ocurre por los cauces adecuados. De todos los fenómenos de la Naturaleza ninguno tan impresionante como el del desarrollo de la criatura humana.

Piénsese en el ser humano que ha llegado a la edad adulta, en todo lo que es; con sus fallas y defectos, sus talentos y virtudes; con su estructura física, sus habilidades motrices, sus emociones y sentimientos; sus actitudes y formas de conducta social; sus creencias y convicciones; su manera propia de pensar y sentir en torno de tantas cosas en la vida; sus intereses, preferencias, valores e ideales; sus hábitos morales y su carácter; sus informaciones y conocimientos; su estilo peculiar de apreciar y comprender la vida; con su habilidad tanto para remontarse al pasado y rememorar sus previas experiencias como para penetrar vicariamente en lo futuro y anticiparse a los sucesos; con su habilidad para proyectarse, en momentos de meditación, más allá de su ambiente circundante y vislumbrar el Universo. Y entonces piénsese en el origen de toda esa personalidad compleja en el momento de la fusión de dos microscópicas entidades unicelulares. ¡Todo ese maravilloso microcosmo, que es la persona humana, todo eso ha partido casi de la nada!

He aquí, pues, la persona, la persona humana, viva, flexible y dinámica; extremadamente dependiente en sus comienzos pero provista de potencialidades y latentes recursos desconocidos por los demás seres de la Creación; con capacidad para pensar, crear, aprender, imaginar, recordar, olvidar, soñar, todas funciones para las cuales la Ciencia aún no ha podido dar una explicación. He aquí la persona humana, siempre en desarrollo, hasta el momento mismo de la muerte.

¡Y pensar que, de no ser por los adultos que rodean a la incipiente criatura, ella no podría sobrevivir en las circunstancias de su medio ambiente! Es el mundo adulto que circunda al recién nacido lo que hace posible todos esos cambios progresivos y sorprendentes. Por eso puede afirmarse enfáticamente que el desarrollo de las potencialidades positivas del ser humano es una obligación de todos los adultos. Educar a los demás es una responsabilidad moral del hombre. En todas las sociedades humanas, el adulto es responsable de la orientación de niños y adolescentes hacia aquel desarrollo que les permita funcionar como personas eficaces, armónicas y felices.

Visto de esta manera, el medio en que se realizan los aprendizajes y el desarrollo del ser humano es muchísimo más amplio que el aula. Por tanto, la sociedad no debe ni puede depender exclusivamente de la escuela en lo que se refiere a la educación y al desarrollo del ser humano. La influencia que sobre el alumno ejerce el maestro es una entre tantas que aquél experimenta durante su vida. Descargar íntegramente sobre la escuela el desarrollo pleno de la personalidad humana puede acusar una visión miope de lo que es la experiencia vital y de lo que significa el desarrollo humano. O también puede acusar una rehuidiza actitud hacia responsabilidades que todo ciudadano consciente jamás debe ni siquiera pensar en las posibilidades de rehuirlas. Más adelante recalcaremos este punto.

A pesar de que la educación y el desarrollo del ser humano son obligaciones de toda la sociedad adulta, ésta ha instituido la escuela como medio sistemático y formal de contribuir poderosamente en esos complicados procesos. Por tal razón es que el maestro debe ser un conocedor profundo de la naturaleza humana, de su desenvolvimiento por rumbos positivos, de las posibles desviaciones que puede experimentar el desarrollo humano. Debe el maestro conocer todos los aspectos significativos de la personalidad humana, a fin de que pueda orientar la creciente personalidad de sus educandos. Entre los requisitos fundamentales del buen maestro, uno de los que más se destaca es el de conocer el desarrollo del hombre en sus diversos aspectos y ni-

veles; conocer las formas típicas de conducta que deben esperarse en cada uno de dichos aspectos y niveles; estar presto a percatarse de las diferencias individuales; saber distinguir entre aquellos problemas de conducta que son debidos a desvíos indeseables del desarrollo y aquellos que son inherentes al desarrollo mismo; reconocer que el problema más serio que encaran el niño y el adolescente es el problema de su propio desarrollo.

Ninguna profesión existe que sea más exigente en cuanto se refiere al conocimiento del ser humano que la del magisterio. Conocer el desarrollo humano en todas sus fases nos dará gran parte de la sabiduría que al hombre le es dado poseer.

Así el maestro debe estar cabalmente enterado del desenvolvimiento de la anatomía y de la fisiología humanas, ya que el desarrollo físico-fisiológico es un elemento importante en la conducta y la personalidad de todo individuo. Lo físico constituye un factor importantísimo de la psicología humana. Muchas veces la falta de armonía entre el programa escolar y el desarrollo físico del alumno es el origen de serios problemas pedagógicos. La comprensión del desarrollo físico es una condición esencial para entender adecuadamente los intereses, las capacidades, los ajustes, las actitudes y la personalidad íntegra del individuo en las distintas etapas de su vida. El maestro está llamado a ser un constante observador del desarrollo físico de sus alumnos de modo tal que pueda determinar hasta qué punto está ocurriendo deseablemente. También el maestro viene llamado a ayudar al alumno a entender y apreciar correctamente su desarrollo físico, ya que la ignorancia de ese desarrollo es fuente común de hondas angustias emocionales, especialmente durante la adolescencia.

El conocimiento del desarrollo motor tiene una gran significación para el maestro y para todos aquellos adultos que estén relacionados con el niño y el adolescente. Una parte considerable de la conducta humana comprende movimientos de las estructuras corporales. El niño logra paulatinamente independencia debido a sus crecientes habilidades motrices. En los ajustes del individuo a su ambiente, lo motor desempeña una

función importante. Las tareas intelectuales y los contactos sociales del ser humano tampoco pueden prescindir del desarrollo motor. Para entender claramente la naturaleza y el proceso de muchos aprendizajes es necesario poseer cierta información fundamental sobre el desarrollo motor. Por regla general el maestro está menos consciente de este desarrollo que del físico. Este aspecto debiera considerarse más adecuadamente al planearse el programa escolar. El desarrollo motor del alumno, especialmente en el nivel de la escuela elemental, no ha recibido aún la atención debida al planearse los programas escolares. Que no pasemos por alto el valor de las actividades de juego. Los juegos y deportes no sólo entretienen, sino que contribuyen al desarrollo social, emocional, intelectual y moral del individuo. Los juegos y deportes constituyen oportunidades para la expresión y el desarrollo de la personalidad.

El maestro desempeña una función importantísima en el desarrollo emocional del educando. Ya que el hombre es un ser emotivo, es de esperar que lo emocional sea un factor de peso en su conducta. Ni las actividades intelectuales más objetivas pueden librarse totalmente de la intervención de los sentimientos humanos. La educación moderna, por tanto, tiene que prestar adecuada consideración a la educación de los sentimientos y de las emociones. En la enseñanza de cualquier asunto el maestro tiene que estar alerta a las corrientes emocionales dentro del aula. Sensible debe ser, no sólo a las emociones de sus alumnos, sino a sus propias emociones. Se ha dicho que el buen maestro debe poseer una filosofía de vida que le permita tolerar las frustraciones y dificultades, que pueda sentirse inquieto o incómodo sin sentirse infeliz, que pueda soportar la inseguridad sin sentirse paralizado por los temores y las ansiedades. La importancia que en la actualidad se da a la educación total del alumno demanda de toda persona relacionada con su desarrollo un conocimiento adecuado de las emociones humanas.

La existencia del hombre depende hasta cierto punto de su desarrollo social. El de convivir con otra gente es uno de sus aprendizajes más importantes. El ser humano no puede progre-

sar en el aislamiento absoluto. La falta de aceptación y pertenencia conduce a la infelicidad. Es obvia, pues, la necesidad de atender al desarrollo social del hombre; sin embargo, este aspecto se da tan por descontado que no ha recibido la consideración apropiada de parte de aquellas personas encargadas de la orientación del niño y del adolescente. Si el objetivo principal de la educación es conseguir el desarrollo de personalidades íntegras y sanas, todas las instituciones de la sociedad, entre ellas la escuela, están obligadas a conceder a los aprendizajes sociales la importancia y atención que merecen. Esta necesidad cobra mayor magnitud e importancia en los momentos actuales en que el ser humano, a pesar de todo su progreso tecnológico y material, encara peligrosas crisis en el área de sus relaciones humanas.

El desarrollo social del educando incluye adiestrarlo para sus funciones de líder. El maestro está llamado en parte a desarrollar este aspecto tan fundamental de la convivencia democrática. La democracia requiere líderes y los líderes deben tener el derecho y la responsabilidad de ejercer la autoridad. Pero conviene subrayar que debe ser la autoridad democrática y no la autoridad del déspota y de la fuerza. Siendo el líder esencial en la actividad del grupo, hace falta preparar líderes que se distingan por las personalidades que enriquezcan y no por las que dominen. La prueba real del líder es el desarrollo cualitativo de los seguidores como individuos y como miembros del grupo. El alumno debe aprender a diferenciar entre líderes inescrupulosos y líderes genuinos. Además, conviene destacar que en un grupo democrático cada miembro tiene el derecho a asumir en cierta ocasión las funciones de líder, rompiendo así la rígida distinción entre líderes y seguidores.

El maestro viene llamado también a prestar cuidadosa consideración al desarrollo intelectual del alumno. La misma condición del hombre como ser de pensamiento obliga a ponderar debidamente su desarrollo intelectual. La conducta humana no puede analizarse aparte de funciones tales como razonar, crear, imaginar, observar, memorizar y percibir. El reconoci-

miento de las diferencias individuales en cuanto a aptitud intelectual tiene para el maestro una gran significación en todos los niveles del sistema escolar. La adaptación de las experiencias educativas a los diversos grados de madurez es y seguirá siendo uno de los problemas más serios que encara el maestro en el aula.

El aprendizaje creador no ha sido estimulado en la escuela de una manera adecuada, pese a que tiene una importancia vital de gran magnitud. El hombre necesita ser original, ya que de esta cualidad depende en gran parte su supervivencia. La labor de creación no debe limitarse a algunos alumnos considerados excepcionales. Casi todas las personas nacen con alguna capacidad para crear.

El desarrollo del intelecto no debe consistir en la mera memorización de datos e informaciones aislados. Tampoco debe consistir en la aceptación tácita e incondicional de lo que el maestro o el libro dice. En Puerto Rico tenemos que combatir incesantemente esa actitud de aceptar las cosas porque las dice Fulano o porque las escribe Mengano. El hombre, por su propia naturaleza, está llamado a repudiar y repeler la uniformidad. El pensamiento crítico exige amplia ocasión y libertad para el desacuerdo, la discrepancia y las diferencias de criterio. La *genuina* educación es el camino hacia la democracia y es educación genuina únicamente cuando hay libertad para la expresión de los puntos de vista de cada cual, cuando hay la debida atención y el respeto para las opiniones disidentes. En todo momento el maestro debe velar por que haya oportunidades para el desacuerdo y la discusión desapasionada, para el encuentro de diversos pareceres, para la dilucidación de cuestiones en un ámbito de consideración y respeto a la persona humana. En este sentido de estimular la discusión y de permitir que sus alumnos tengan oportunidad de expresarse, mientras los demás escuchan respetuosa y atentamente, el maestro no sólo debe ejercer las funciones del promotor, sino también las funciones del ejemplo. Hay que combatir la falsa noción de que lo diferente o diverso es inevitablemente antagónico. El hecho

de que existen varios puntos de vista sobre un asunto no significa necesariamente que entre ellos exista conflicto. Con frecuencia los distintos enfoques se complementan entre sí.

El desarrollo integral del individuo implica la necesidad de su educación moral. Si se prescindiera de sus implicaciones morales, el desarrollo carecería de sentido verdadero. Toda educación, si es genuina, tiene que ser moral. El educador iconoclasta o romántico que pretenda educar al ser humano aislándolo de los principios depuradores de la conducta o entregándolo a sus impulsos y tendencias naturales, sin fijarle como objetivos aquellas actitudes y maneras de conducta de probada solvencia moral, estará incurriendo, como lo estuvo en el pasado, en una grave equivocación. La moral es substancia y espíritu de todo proceso orientador. La significación moral del esfuerzo educativo no puede pasar inadvertida si éste se afirma en una genuina comprensión del puesto del hombre en el mundo del que forma parte.

Poco valor tiene el conocimiento si junto a él no prospera una actitud que conduzca a quien lo adquiere a emplearlo correctamente, tanto para su beneficio como para el ajeno. Enseñar el dato a secas, la información privada de su significado moral y la destreza o la acción aislada de sus consecuencias, equivale a negar un rumbo definido a la labor docente.

La educación actual, que no se limita a la que la escuela ofrece, no puede alardear de eficacia en este particular. La prueba más convincente la da la humanidad en los momentos actuales. En medio de una plétora de conocimientos y técnicas, los valores y las normas indispensables para orientar correctamente el uso de tales logros carecen de consistencia y precisión.

Esta orientación moral corresponde a la sociedad como un todo, pero especialmente atañe al hogar. El debilitamiento de éste, como fuente de orientación, ya sea porque se desorganiza o porque se reorganiza, se hace cada vez más patente. Su influencia pasada, respecto al encauzamiento y a la facilitación del desarrollo moral del niño y del joven, se reduce cada vez

más debido en parte a los cambios que están ocurriendo en su comunidad y en el mundo entero. Los contactos entre padres e hijos son cada vez menos frecuentes, con lo que disminuye la participación de ambos en la vida familiar. No creemos que la escuela debe cargarse en exceso con deberes que corresponden legítimamente a otras instituciones. La orientación a los padres en este particular es una necesidad imperiosa. Que haya *menos* tiempo libre dedicado al “bingo” o a la “canasta”, al hipódromo o al “highball”, y que haya *más* tiempo libre dedicado a convivir con los hijos en el seno del hogar, en el patio de la casa o en el ambiente estimulante de la biblioteca. Que cuando se planee la construcción de una casa se piense más en dónde van a estar los libros que en dónde van a almacenarse los licores.

Repetimos que la educación moral del ser humano es una obligación de toda la comunidad. Siendo la escuela parte de ésta, no puede rehuir lo que le corresponde en la tarea. Para cumplir tal demanda, las oportunidades no escasean, ya que toda actividad escolar puede contribuir, si se piensa en ello, al mejoramiento ético del alumno.

Es triste señalar que entre los aprendizajes del hombre, el de las reacciones estéticas es uno de los menos investigados. La psicología de las artes se caracteriza por la extremada vaguedad, pues se centraliza alrededor de una noción superficial y poco precisa de la experiencia artística. Tanto en la edad preescolar como en los años de la escuela elemental, el niño manifiesta sensibilidad artística capaz de distinguirse. La sensibilidad estética aparece muy temprano en la vida, por lo menos en forma rudimentaria, pero asumiendo en todo caso características definidas de respuesta ante el valor evocativo del patrón organizado. La sensibilidad artística es una manifestación humana muy normal que forma parte de las dotes psicológicas del hombre. Su desarrollo requiere una orientación de toda la personalidad. Tal sensibilidad no puede considerarse algo aislado, sin relación con los otros aspectos de la persona. El desarrollo de la sensibilidad artística está íntimamente unido al desarrollo de toda la personalidad.

El maestro también puede ayudar al alumno a desarrollar sus valores espirituales, estrechamente ligados a su desarrollo moral y estético. El hombre, para ser completo, necesita una filosofía de vida que le facilite el entendimiento y la apreciación, no sólo del mundo circundante, sino también del mundo lejano y de los misterios del Universo. Entendemos que esta función de la escuela jamás significa afiliación con secta alguna, ni menos todavía usurpar las funciones que en nuestra sociedad corresponden al hogar y a las instituciones religiosas. Sobre todo que haya en la escuela libertad para creer, que se respete la fe de cada cual y que se busque el común denominador en donde coinciden las diversas rutas del hombre en la exploración de su mundo espiritual.

Hasta aquí este cuadro somero de lo que es el desarrollo total del ser humano. Su logro es la aspiración máxima de la educación moderna. Difícil de alcanzar es este objetivo. Exige del mentor conocimiento, devoción, paciencia y un hondo sentimiento de afecto hacia la humanidad. Frente a este maravilloso desarrollo, y como epílogo de esta disertación, creemos oportuno hacer dos advertencias.

La primera es que el desarrollo total del ser humano no debe considerarse jamás la función exclusiva de la escuela o del maestro. La tarea es de tal magnitud que no puede ser realizada por una sola institución. Si la sociedad descarga sobre el maestro todas las responsabilidades que conlleva el desarrollo pleno de la personalidad humana, estará invitando al maestro a seguir dos caminos. Uno será el de sentirse tan agobiado por el peso de la tarea que buscará escudarse en la actitud indiferente de que, siendo imposible lograr lo que de él se espera, preferible es cruzarse de brazos y no hacer nada. El segundo camino, peor que el anterior, puede ser el de que la extremada magnitud de la tarea lleve al maestro a pretender lo imposible. Es harto conocido que cuando la aspiración sobrepasa por mucho las habilidades y los medios de la persona, si ésta se empeña en lograrla, sólo llegará a sentirse ansiosa y desintegrada. No queremos maestros indiferentes y abúlicos ni maestros que hayan perdido

su equilibrio emocional. La responsabilidad del desarrollo total de la criatura humana es de todo el conglomerado social, especialmente de aquellas instituciones y personas que, debido a sus posiciones claves, están en la mejor situación para contribuir efectivamente en la orientación de ese desarrollo.

La segunda advertencia concierne al concepto que tenga la sociedad de cuáles son las funciones del maestro y de la escuela. Tenemos la impresión de que nuestra sociedad alberga una idea por demás estrecha de lo que es la función de la escuela moderna. Hemos escuchado a personas con preparación universitaria decir que eso de cantar y de jugar en la escuela es una pérdida de tiempo, ya que sus hijos sólo van a la escuela a aprender a leer, escribir y computar aritméticamente. Tenemos la impresión de que todavía en nuestra sociedad adulta prevalece tal concepto estrecho y limitado de lo que es educar y aprender. No deben ser los maestros los únicos conocedores de lo que es la educación moderna y de lo que implica orientar el desarrollo total del individuo. Tales conceptos deben ser posesión de los padres y de los adultos en general. Hay que diseminar en toda la sociedad cuál es el propósito de la educación moderna, el porqué de tal objetivo y cómo se esfuerza el maestro para conseguirlo. Esta diseminación debe hacerla el maestro como individuo, la escuela como institución y el magisterio como entidad profesional.

Hay que enseñar a todo el mundo qué es la escuela y cuál es su misión. La escuela no opera en un vacío ni es una isla en la geografía de la sociedad. De esta explicación al pueblo de lo que es la escuela moderna se salta fácilmente a la primera advertencia. Si la población adulta supiera a conciencia y sintiera corazón adentro lo que es el desarrollo humano y cómo éste es susceptible de estímulo y encauzamiento en todos los ámbitos donde vive el niño o el adolescente, es de esperar que surja la motivación básica para que toda la comunidad se alerte y participe en la magna empresa de desarrollar ciudadanos maduros, conscientes, íntegros y felices. Entonces estaríamos en el camino de crear y vivir plenamente aquella democracia de José En-

rique Rodó, “democracia dirigida por la noción y el sentimiento de las verdaderas superioridades humanas . . . democracia en la cual la supremacía de la inteligencia y la virtud reciba su autoridad y su prestigio de la libertad, y descienda sobre las multitudes en la efusión bienhechora del amor”.